

Año V. Barcelona 10 de Abril de 1891 Núm. 13.



LA Semana Comica

DIRECTOR: J. FERNANDEZ DELA REGUERA.

PERIÓDICO LITERARIO,
ILUSTRADO.

ADMINISTRACION:
Plaza de la Universidad, 5

GALERIA ARTÍSTICA, POR RENAU.



¿USTEDES GUSTAN?

Ayuntamiento de Madrid



Anúnciase la *reprisse* de «El 1.º de Mayo», comedia de gran espectáculo, estrenada el año pasado en todos los teatros de la península; y es probable que la obra quede de repertorio para representarse todos los primeros de Mayo, como todos los primeros de Noviembre se pone en escena «Don Juan Tenorio.»

Y si de *La bola de nieve* se dijo que empieza en comedia, sigue en drama y acaba en tragedia, temíamos que algo así ocurriese con la obra fantástico-social-antiburguesa, ese espectáculo que el año anterior no fué más que exhibición aparatosa y pintoresca, pero que amenazaba tomar este año caracteres de gravedad, para llegar en el siguiente al colmo huelguista, al disloque obrero ó á la mar en calzoncillos, como dicen los chulos de mi tierra.

¿Quién sabe—decía yo pensando en estas cosas—si el año 1893 será para la clase media un verdadero 93, tan horroroso y trágico como lo fué el de la pasada centuria para las clases nobles de sangre azul y testa coronada?

Fortuna que ahora los novelistas mesócratas han emprendido la campaña de apartar al toro de su querencia actual, para llevarlo bien empujado en el capote hacia la querencia del siglo pasado. *La honrada* de Picón, *La Espuma* de Palacio Valdés y *Pequeñeces* del Padre Coloma, parecen, en efecto, decir á las clases desheredadas:

—Dejad á los pobres burgueses, que bastante castigo tienen con su cursería, y no apartéis los ojos de esa nobleza corrompida, no redimida aun por la sangre del Terror, porque todavía lleva en sus venas y en su corazón el cieno de aquella hipocresía característica de la Francia de Luis XV y de la España de Carlos IV.

No sé si por efecto de estos trasteos ó por el convencimiento de que por ahora no está la Magdalena obrera para tafetanes huelguistas, ni el horno anarquista para bollos antilegales, ni la madera española para cucharas—que en todo caso serían medias cucharas en la mesa socialista de Europa,—ello es que este año no piensan los trabajadores en tomar la cosa tan á pechos, prefiriendo un mal arreglo con el capital á un buen pleito con los que tienen armas y dinero de sobra.

Las «Tres clases de Vapor» opinan una cosa así; mas, es claro que no podemos fiar mucho de esta opinión, porque á esos vapores de tres clases hay que añadir otros: los vapores del alcohol, que pudieran ser la influencia notoria y decisiva en los momentos críticos.

Talleyrand decía que todo el problema del socialismo consistía para los gobernantes en mantener á raya á los pobres sin uniforme

por medio de los pobres uniformados. El gobierno actual, obedeciendo á esta máxima, piensa traer á Barcelona batallones, escuadrones y baterías en tal número, que conviertan nuestra ciudad en una sucursal de Montjuich, ó en un verdadero y ampliado trasunto de los derruidos cuarteles de Atarazanas.

Si el elemento militar va á «cortar el bacalao» en tierra, ¡calculen ustedes si le cortará en el mar, que es el *medio ambiente* del bacalao!

En efecto, la escuadra de instrucción va á llegar en masa á Barcelona y estará dispuesta á bloquearnos, bombardearnos y ametrallarnos, sin dar tiempo siquiera para que construyamos obras de defensa, semejantes á aquellas con que el ayuntamiento de París resguardó de las bombas prusianas á los monumentos artísticos de la ciudad del Sena.

La amenaza del militarismo logrará calmar los furros huelguistas.

Allá donde viva un obrero, enviarán media compañía alojada, y esta irrupción de soldados en el hogar doméstico, apresurará la capitulación.

No era otro el famoso sistema de las *dragonadas*, empleado por Richelieu contra los calvinistas.

Allá donde vivía uno de estos, iban alojadas con armas y caballos cinco ó seis parejas de dragones.

Y por este medio, quedó Francia más limpia de calvinistas que con el famoso edicto de Nantes.

El Congreso de los Diputados sigue convertido en lavadero y colador de ropas.

No sólo por los muchísimos trapos que salen á la colada un día sí y otro también, sino por los trabajos de lavado, colada y aun aplanchado que sufren muchas actas, llegadas allí más sucias que buques sin lazareto y salidas al poco tiempo limpias como los chorros del oro y blancas como el ampo de la nieve.

Calculo yo que el dinero que ahora deje de gastarse en caramelos y azúcar, se empleará en jabón para el lavado y potasa para los cuencas de colar. ¡Y cuidado si se cueban actas por la ancha manga de la comisión!

Verdad es que el jabón lo ponen de su cuenta las oposiciones.

Pero estas, en eso como en otras cosas, no vienen á hacer más que lo que hizo el sastre de la encrucijada, que cosía de balde, y ponía el hilo de su casa.

Para nada me fijaría yo en estos trabajos preparatorios del Congreso, si no hubiese leído que de las treinta actas que quedan por examinar, pertenecen 10 á la provincia de Barcelona, de lo cual deduzco que todos los sapos y todas las culebras catalanas han ido á pasar una temporada en Madrid.

—¿Y su acta de V.?—le preguntaban á un electo.

—La han declarado grave.

—Pero ¿es V. ministerial?

—Por todos mis cuatro costados.

—Entonces, tenga V. fé en el médico de becera.

—Si señor: mas tenga V. en cuenta la gravedad y que la ley....

—¡Bah! La ley de gravedad no es allí más respetada que otra ley cualquiera dictada por el poder legislativo.

Los derrotados para quienes el acta no ha

sido más que un papel mojado ó una bola de papel que la comisión les ha arrojado á las narices, dicen que van á tomar acta de todo cuanto ocurra en el Congreso.

Pero, la que dirá el Gobierno:

—¡Tomar acta! Eso quisieran ellos, para sentarse aquí.

LUÍS ROYO VILLANOVA.

¡AGUA! ¡AGUA!

¡Benditas aguas pluviales!

Verlas caer á raudales
es para mí un regodeo,
sobre todo si las veo
«á través de mis cristales»

No sabeis lo que me agrada
ver la pradera mojada,
y chorreando el follaje...

¡A mi juicio, no hay paisaje
como el paisaje á la aguada!

Yo cifro todo mi anhelo
en ver inundado el suelo...
¡Qué encantos el agua tiene!...
A mí un chaparrón... me viene
como llovido del cielo...

Cuando no llueve, mal digo
de todo, y como un amigo
cualquiera me venga á ver,
—¡Vaya usted á mandar llover!—
incomodado le digo.

Aunque es la humedad mal sana,
á mí, la verdad, me aplana
día que es en charcos parco,
A mí me entusiasma el charco...
y eso que yo no soy rana.

Brillantez el agua presta
á todo: verdad es esta
que prueba que mi ansia es justa...
¡cuánto una fiesta me gusta,
siempre que se *agua* la fiesta!

A ser rico, un dineral,
aunque mi fortuna tal

gasto pusiera en un trís,
diera por una *reprise*
del diluvio universal.

¡Con qué gusto me ahogaría!
Porque yo no apelaría
nunca á un barco ó una barca,
y si hubiese arca, en el arca
lo que es yo no me metía.

¡Horror! ¡Tener á mi lado
á un autor desvergonzado,
ó exponerme á que una cox
me diese un chico precoz
de esos que ya han estrenado!

ó, sin poderlo evitar,
oir á un senador charlar...
porque yo supongo que
en el arca habría de
cada especie un ejemplar...

Si yo me colase allí,
¡qué se diría de mí?...
No entraba, no, y si me ahogaba,
juro á Dios que me quedaba
tan fresco, ¡vaya que sí!...

Esa muerte no es un mal;
¡existe una dicha igual
ni mayor satisfacción
que morir de un atracón
terrible de agua pluvial!

Yo al sexo bello quisiera
pertenecer: ¡quién pudiera,
quién pudiera, ¡voto á diez!,
meterse en aguas, en vez

de otras prendas cualesquiera!

Un día al agua me arrojo.
Siento por ella un antojo
tal, que á creer he llegado
que he nacido *bacalado*
y necesito remojo

¡Con qué afán la lluvia espero!
Cuando dura un día entero,
el gozo mi ánimo embarga.
Un aguacero me carga,
porque al fin es agua-cero.

Así que cesa el horror
del cielo, me siento horro
de un terrible padecer,
y sufro á más no poder
en cuanto me falta el chorro.

¡El por qué á alguno se escapa?
Quizá a'guno que no atrapa
de esa afición las razones,
creerá que los chaparrones
me gustan porque traen *chapa*...

Pues no hay tal, y fácilmente
se explica mi afán ardiente
de que diluvie: es que á mí
—lo siento, pero es así—
me gusta el mosto atrozmente,

y ¡es claro! como adivino
cual es del agua el destino
y cuanto engaño se fragua,
deseo que baje el agua...
para que no suba el vino

FERNANDO SEGURA.

EL DINERO

Es la dicha y es la suerte
y es la imagen más querida.
Es el amor de la vida
y es el miedo de la muerte.

Es el sol de hermoso brillo
que el ciego ambicioso sueña.
¡Es un alma más pequeña
que se lleva en el bolsillo!

De verlo no tuve el gusto,
pero tengo por cabal
que se un trozo de metal

con una fecha y un busto.

Que es redondo siempre ci
porque mejor rodar pueda.
Pero si es redondo y rueda,
¿cómo no llega hasta mí?

Sé que cerca nos hallamos,
pero al tender nuestros vuelos,
siempre andamos *paralelos*
y nunca nos encontramos.

No es raro que esto suceda

caminando de tal modo.
El tiene su casa y todo:
la casa de la Moneda.

Pero aunque con casa cuente,
no hay quien mi reparo venza.
¡Mi amiga *doña Vergüenza*
no quiere que me presente!

Dice que son sus blasones
de condición muy bastarda,
y que hay que ponerse albarda
para entrar en sus salones.

GALERIA ARTISTICA, POR RENAU.

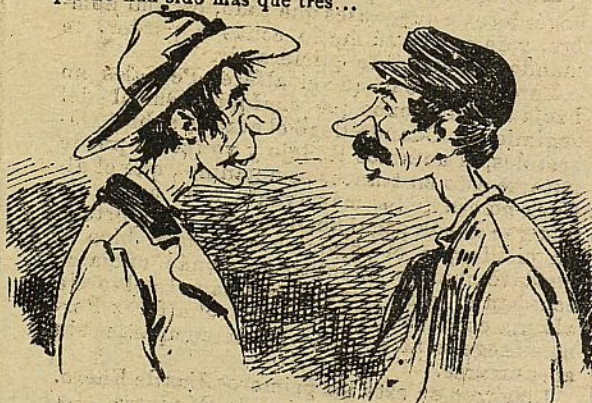


PALOMA CORREO



El día de trabajo.

—No sé como te has *ajuntao* con esa, cuando todo Dios sabe que ha *tenio* cuatro chiquitines con el *Magras*...
—Pues te digo que *desageran*, Chano. Porque te juro que no han sido más que tres...



—¡Si te digo que tiene ese una suerte!.. Et quería encontrar un empleo en que no tuviera nada qué hacer y se ha salido con la suya. Ya ves tú: le han hecho municipal!...



El día de fiesta.

Eso mi deseo enfría
y rehuyo el conocerle.
¡Yo no tengo para verle
prendas de caballería!

Esclavo del interés,
tiene instintos muy perversos.
Si le dicen que hago versos,
me echa de allí á puntapiés.

Sus constantes enemigas
son las musas indiscretas.
¡El dinero y los poetas
nunca hicieron buenas migas!

No me seduce tu halago.

¡Huye, dinero, de mí!
Yo sigo como hasta aquí;
nada, ni cobro ni pago.

Así mis cuentas se cierran,
y cuando acabe mi afán
de balde me enterrarán,
que al que se muere lo entierran.

Tener dinero es vivir
con la existencia en un hilo.
Si el pobre duerme tranquilo,
quiero tranquilo dormir.

No busca mi protección
ningún amigo villano.

El que á mí me da la mano
me aprecia de corazón.

Yo la pobreza prefiero
y no hay mal que me contriste.
¡Mientras tenga el campo alpiste
cantará alegre el jilguero!

No vendo mi voluntad
ni esclavizo mi decoro.
¡No quiere jaulas de oro
quien ama la libertad!

¡Dinero, no hagas el bú!
¡Si eres rey del mundo necio,
yo que tu poder desprecio
soy más monarca que tú!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

EL ARTÍCULO 118

Ni en los papeles viejos del regimiento ni en archivo alguno militar daríais con trazas de lo que voy á contaros. No tuvo el hecho más testigos que el capitán Rodajo y yo, que éramos entonces soldados de la cuarta compañía, y si me atrevo á contarlos, es porque el coronel Pernaes murió hace tiempo; y no ha de venir su buena memoria á pedirme cuentas.

Había empezado mal la campaña de invierno para nosotros, y todo el regimiento guardaba amarga memoria de aquellos comienzos. Parecía que con el regimiento entraba en acción el mal genio de la guerra, y en el ataque del molino de Retuerta cayeron los hombres como espigas segadas, dejando claros terribles, que llenábamos con supersticioso terror. Con las primeras lluvias y los tropiezos primeros se fué ensombreciendo el semblante del coronel Pernaes, aquel rostro ya viejo, pero varonil y resistente como el cordobán de nuestras hebillas. La mala sombra del regimiento se le metía dentro, le agriaba endiabladamente el genio, ya áspero antes, y contribuía á hacer que todos anduviesen en un pie, temerosos de que con los vaivenes de la mala suerte y las estrecheces disciplinarias de campaña se metiese aquel viejo duro en algún empeño que dejase memoria.

El capitán Rodajo y yo supimos todo lo que voy á contaros, mucho después de salir del regimiento. Gran parte de las malandanzas del coronel estaban en nuestras desdichas, pero había otra razón más personal todavía para provocar aquellos temporales, que aguantaba primero el asistente Lobato y todos nosotros después. Precisamente cuando empezaron nuestros desastres llegó á la tercera compañía el alférez Pernaes, hijo del coronel, enviado desde el tercer cuerpo por el General en jefe. Se dijo en el regimiento que el alférez era una mala persona, y que el cuartel general lo man-

daba con su padre, para ver si éste metía en cintura al mozo, pero como en campaña se habla, por hacer algo, hasta de lo que no se sabe, no pudimos poner en claro la verdad del caso. El alférez Pernaes cumplía bien, al parecer, y el coronel era para él acaso más intratable que para los demás, hasta el punto de que nunca le oí llamarle de otro modo que como á un oficial cualquiera. Nada de *muchacho!* ó *Rafaell!*, sino un *alférez Pernaes!* más seco y estirado que una correa.

Como os digo, supimos luego quién era Rafaellillo, y por qué estaba en el regimiento. El asistente Lobato había oído entre el padre y el hijo palabras gordas, que acababan en borrasca deshecha, y había visto en cierta ocasión al viejo todo temblón y salivoso, metiendo al mozo los puños por la cara y diciéndole con la voz pletórica de ira:

—¡Aquí no se hace lo que en el tercer cuerpo, señor mío! ¡Aquí se anda derecho, porque yo soy muy hombre para enderezarte y hacer que te huelas la cabeza á pólvora! ¡Sí, á pólvora!

Dijo Lobato que el alférez calló, y que el viejo se volvió á él y añadió:

—Yo no soy tu padre mientras dure esto: acuérdate de que, antes que todo, está mi nombre, y de que si tú me lo echas á perder, te mando adonde tú no quisieras ir.

Peró lo cierto es que el alférez Pernaes no hacía más ni menos que cualquier oficial del regimiento. Cuando llegó el ataque sobre Garrotales, si notamos Rodajo y yo (como puede notarse esto en trances semejantes), que el alférez no era de los más aventureros en lo de meterse donde pegaban, como si le importase un pitillo que el regimiento quedase bien ó quedase mal, y mientras los demás oficiales echaban el resto y hasta sacudían el polvo de alguna espalda con los sables, el alférez Pernaes seguía al costado de su compañía sin apresurarse.

Llegaron en esto los primeros días de Enero, y con ellos el avance sobre la Mudarra. La

brigada pernoctó con el resto del segundo cuerpo en las quebradas de Mudarra de Arriba. ¡Oh, excelente coronel Pinales, y cómo te recordamos los que te vimos aquella noche recorriendo los puestos y envuelto en el capote, maltrecho por los azares de la campaña! Junto a la lumbre de los vivaques, y en el fondo borroso de la niebla, aparecía su rostro anguloso y curtido como el de los antiguos guerreros que hacían de la pelea el ejercicio de un culto bárbaro y estrecho. Nos miraba a todos, entre ceñudo y cariñoso, y se sumía otra vez en la niebla diciendo:

—Hay que ver lo que hace mañana el regimiento.

A la madrugada se comió de mala manera un rancho, ese rancho precursor del combate, que está para todos lleno de supersticiones. Fuera del límite de las quebradas, por detrás de la Mudarra, salpicaban ya el verde mojado del llano los copos de humo del enemigo, que empezaba a jugar la artillería. Junto a nosotros se abrochaba el cinturón Pinales el chico, cuando pasó a veinte palmos de altura la primera granada, dejando oír el cascabeleo de las anilletas. El alférez Pinales bajó la cabeza. Pinales el chico tenía miedo.

Empezó el avance sobre el terreno encharcado. Ibanos a vanguardia, y a los cien pasos teníamos ocho bajas. El coronel iba y venía, cuidando del orden de batalla, impávido, un poco nervioso, algo levantado sobre los estribos. A la salida de la quebrada el regimiento vaciló. Se nos venía encima el universo hecho fuego, y apoyado por él un escuadrón de caballería a rienda suelta. Rodajo y yo nos parapetamos detrás de una paredilla, y desde allí lo vimos, vimos aquella trágica escena, espantados, mudos, sin acordarnos de que el escuadrón se echaba encima con el empuje de una tempestad.

Es el caso que el regimiento se fraccionó, se detuvo ante aquel formidable fuego de artillería, y miró como un solo hombre y tembló... Sí: a pesar de los espumarajos de rabia del coronel, que llegó a romper el sable en las mochilas de los soldados inmóviles, el regimiento se estuvo quieto. Y entonces fué cuando Pinales el chico volvió la espalda, arrojando sa-

ble y revólver, y tomó por la quebrada arriba. Detrás de él fueron también algunos soldados de la segunda, ébrios de pánico, saltando como cabras, de picacho en picacho.

Pasó Pinales el chico por delante de la paredilla, jadeante y ciego, y detrás, firme sobre el caballo y con el revólver en la diestra, el gran Pinales. Entre el humo y el estruendo le oímos gritar no sé qué, vimos que paraba en seco la montura, y que extendía el brazo y disparaba. Pinales el chico dió una vuelta y cayó de bruces por el empuje de la carrera. Llegaba casi todo el regimiento, seguido por los oficiales, que juraban como carreteros para llamar a la gente al cumplimiento del deber. Por el viejo Pinales debió pasar algo brutalmente horrendo; tiró el revólver descargado contra el primero que pasó corriendo, se quitó nerviosamente el ros y arrancó con doloroso coraje un mechón de su cabello gris.

Corrimos Rodajo y yo, sin atrevernos ni a mirarnos. La sublime atrocidad de aquel tremendo viejo, que recogía su honor arrastrado de quebrada en quebrada, nos había aterrado. Cuando se revolvía Pinales entre la gente, encendido, medio loco, aquellos alientos del coronel iban filtrándose en los pelotones, se revolvía la gente, se miraba con menos espanto, y el regimiento, sumiso y rehecho, formaba el cuadro cuando la caballería llegaba como un huracán relampagueante.

¡Ah, muchachos! Aquella noche, cuando el regimiento fatigado y victorioso, acampó sobre el llano Mudarra, vimos Rodajo y yo en la ambulancia, sentado en el borde de la camilla, al gigantesco Pinales con la cabeza entre los manos, desplomado de fatiga, de horror de sí mismo, de no sé qué espantoso, llorando muy quedo, pensando tal vez en aquel terrible art. 118 del Código, que dice breve y claro: *Pena de muerte... al militar que por cobardía vuelva la espalda al enemigo.*

Rodajo y yo nos miramos sin decir una palabra, echamos por otro lado para no ver al viejo, y nos acercamos a la lumbre, porque sentíamos un frío que no era el de aquella noche que apegaba en bruma el llano de la Mudarra.

FEDERICO URRECHA.

VOZ DEL PUEBLO, VOZ DE...

Fueron don Roque Simón y don Rufino Tirilla sacerdotes de una villa de la provincia de León.

Era Simón perezoso, cuellicorto, cariancho, mollejón; en fin, un Sancho en lo panzudo y carnoso.

Y el otro, flaco, intangible, pués tan cenceño vivía, que hasta después que comía

apenas era visible.

Simón llevaba la misa con tono lento y gangoso; Rufino, inquieto y nervioso, la mascullaba deprisa.

Por esto, piedad más pura creyeron ver en Simón, cuando era su devoción reliquia de su gordura.

Sin duda mandó el dios Baco,

en día de borrachera, que el último mono muera, y pulgas al perro flaco.

Y él ordenó que en la villa cundieran de lengua en lengua mil invenciones, en mengua de don Rufino Tirilla.

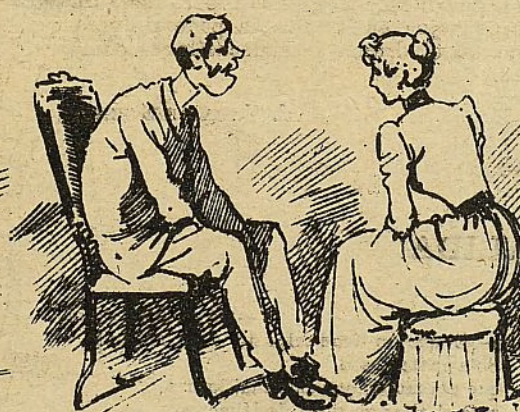
Un día, el padre Rufino, poco antes de que oficiara,



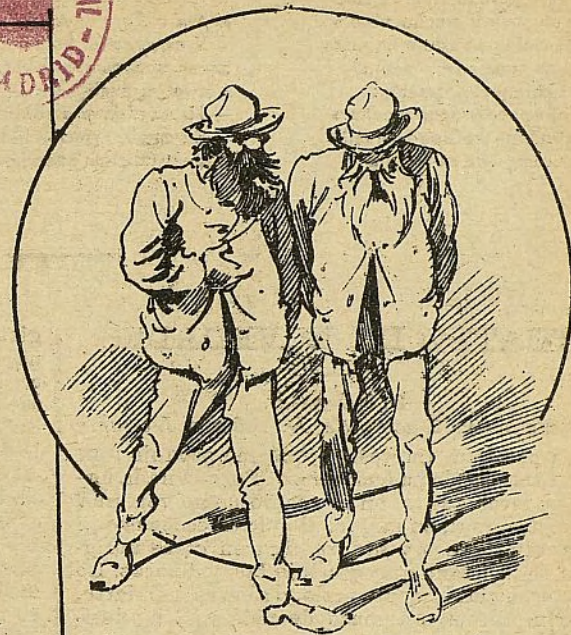
—¿Tú trabajadora?—Pues...
—¡Vaya por las niñas majas!
Y... ¿cuántas horas trabajas?
—Las que Vd. quiera, Marqués.



—Pero esa guerra al capital ¿no podría perjudicarnos a nosotros?
—Hombre... yo creo que no.



—Supón que tú eres socialista y que yo también lo soy.
Pues todo lo que tú tienes me lo has de dar a mí y todo lo que yo tengo te lo he de dar a tí.
—¿Todo? ¿todo?



—Yo estoy por el petróleo, lo confieso.
—Yo no.—Pero ¿por qué?—Pues ¡patatata!
Porque cuesta tres duros cada lata
y ¿quién tiene tres duros para eso?



—Pues yo hablé en el *miting* o como se llame eso. Y pedí que cada día se le dieran al obrero 8 horas para el trabajo, 15 para la *instrucción* y 12 u 13 para el recreo.
—Y el Gobierno ¿qué sus dijo?
—Qué por ahora no podía disponer más que de 24 horas cada día.

dijo al sacristán que echara
«agua poca y mucho vino.»

Por el contraste y la lucha
con su compadre, Simón
dijo en aquella ocasión:
«Vino poco y agua mucha.»

Produjo tan honda huella
el suceso, que en la villa

le llamaban á Tirilla
el padre Rufo Botella.

Y esto, en su honra tal estrago
causó, que, cuando acudía
á misa, el pueblo decía:

—*Ya va el cura á echar un trago.*

En cambio, por la bondad
y la abstinencia que vieron

en don Roque, le tuvieron
en olor de santidad.

Mas yo, que sé lo que pasa
en ese pueblo de Leór,
sé que don Roque Simón
tenía bodega en casa.

R. TORROMÉ.

TEATRO DE NOVEDADES

D. GONZALO,
comedia en 3 actos de D. Alberto Llanas

La primera impresión que me produjo DON GONZALO fué de padecimiento. Porque nada hace padecer tanto en el teatro como ver una obra desigual, en la que, al lado de escenas que denotan talento y *sangre*, figuren otras indignas de la mano que escribió las primeras. Lo que es decididamente malo, ó aburre ó divierte, según el temperamento de cada uno. Lo desigual no.

Y esta pena sube de punto cuando los defectos de la obra no son de los irremediables, sino por el contrario, de los que con un poco de estudio y con algo de voluntad tienen facilísimo remedio.

Tal sucede con *Don Gonzalo*. Hay allí dentro pasta sobrada para una bonitísima comedia; pero, en mi sentir, tiene el plan de la obra graves defectos de composición que han hecho casi un aborto de lo que debió ser un parto feliz. O sino, véase lo que tuerce el curso de la acción aquel tercer acto, hijo postizo y raquítico de las dos anteriores, sobre todo del primero, que aunque un tanto recargado en lo cómico de los caracteres, podría ser el primer acto de la comedia perfecta que nos debe Llanas. Y el segundo, aunque decae con la inverosímil locura del gomoso, no es indigno hermano del anterior.

De los caracteres, el del cocher, estudiado con mucho cariño por Tutau, es el más rico de observación. En cambio, el de *D. Gonzalo*, protagonista sólo por el título y el tercer acto, es insoportable. A pesar de los mantecosos elo-

gios que de él hacen continuamente los personajes, á pesar de que D. Manuel, su catedrático de Leyes, se reconoce inferior á él en Derecho catalán y va en persona á alabarle y á encargarle asuntos intrincados á su casa, nadie le descubre aquel gran talento en toda la noche. Al contrario, en el último acto se decide á hablar... y lo hace mal. Porque lo de discutir con el brutazo del padre, repitiendo los argumentos con que él mismo, el propio Gonzalo, había sostenido no sé que tesis en una *Ilustración* que está allí, sobre la mesa... eso, créame Llanas, es una necedad.

En cambio son de primer orden el diálogo, el lenguaje y los chistes. El mejor elogio de estos queda hecho con decir que no pueden contarse sueltos, porque nacen espontáneos de la situación y de lo que se habla.

Yo no quisiera que Llanas tomara esto por lo que en jerga periodística se llama *un palo*. ¡Juro á Dios que no es esa mi intención! Tómelo como amigable advertencia, errónea tal vez, pero sincera, de quien sabe y cree que él puede y debe hacer comedias inmejorables. A quien mucho vale debe exigírsele mucho y seguro estoy, segurísimo, de que Llanas, que tantos *bombos* habrá dado en su vida de periodista, creará más en la sinceridad de estas mis observaciones, que en la de los desmesurados elogios que le han dedicado estos días algunos colegas... que de seguro no le admiran tanto como yo.

Entre los actores se distinguió Bonaplata. De quien hace tiempo vengo diciéndo... lo que él seguramente no querrá creer: que está mil veces mejor en la comedia pedestre y casera, que en el drama de endecasílabos campanudos.

J. VACA DE GUZMÁN.

¡BUENA SALIDA!

—¡Con que la quieres tanto?

—Mucho, padre Darío.

¡Cuántas veces por ella vierto llanto
si noto que un amor que no es el mío
hace latir su corazón hermoso!

¡Si tuviera otro amante!...

—Noto que eres celoso

y no va á haber ninguna que te aguante.

—¡Ay, padre, escúcheme!

—¡Si ya te escucho!

—¡El que no tiene celos no ama mucho!

Solamente deso

que esa mujer, que causa mi locura,
ante el altar glorioso de Himeneo
se una conmigo y labre mi ventura.

¿Qué quiere que le diga?...

¡Seré yo el más feliz de los nacidos,
el día en que ella y yo estemos unidos

y usted, padre Darío, nos bendiga!

—Pero noto una cosa:

noto que á esa muchacha tan hermosa no la has hablado nunca...

—¡Sil...

—¡Por Cristo,

pués si es que la has hablado no lo he visto!

—Jamás veo mover sus lábios rojos

cuando estoy de ella enfrente,

pero sé lo que quiere y lo que siente,

pues todo me lo dice con los ojos.

Cuando me mira siento un calorillo

que me deja abrasado...

¡El hablar de los ojos, lo he notado,

es bastante más dulce y más sencillo!

Con los ojos la digo que la quiero,

y ella á mí me contesta de igual modo;

con los ojos la digo que me muero

como rechace mi pasión ardiente...

¡Puede decirse con los ojos todo, todo absolutamente!

Y .. cambiando de asunto.

Tengo una duda sobre cierto punto.

—Explícate.

—Jacinta, la portera,

le pagó ayer tres misas, según creo,

para que hoy las dijera,

pero hoy, por lo que veo,

no ha dicho usted más que una...

—Y he cumplido

todo lo prometido.

(Y continuó enseguida,

como queriendo hallar una salida):

—¿Dijiste, hablando de unos lábios rojos

(y también me lo han dicho muchos sábios)

que más dicen los ojos que los lábios?...

¡Pues... las otras... las dije con los ojos!...

J. .)

Mis memorias íntimas (1)

Las escribiré cuando llegue el momento supremo de cortarme la coleta; y juro á ustedes que no han de ser menos interesantes que las del general don Fernando Fernández de Córdova, publicadas recientemente con ese título.

Tampoco irán en zaga á los famosos *Recuerdos de un anciano* y á las célebres *Memorias de un esentón*, y me prometo dejar bizcos (del derecho) á los aficionados de 1930, probándoles, de la manera más perentoria, que jamás hubo matador que todos los días se arrancase más corto que *Lagartijo*, ni torero que se adorase de continuo con mayor seguridad y elegancia que *Frasquito*.

En tanto que llega esa hora definitiva de poner las cosas en su punto, debo dar un *avant-petit* de mis memorias, sino al público en general, por lo menos á las personas que frecuentemente me piden datos para escribir mi biografía á las cuales dejo siempre sin contestación descortesía de que me acuso con toda humildad), lo propio que á quien me pide mi retrato para reproducirlo en los semanarios de caricaturas.

¡Mi retrato! ¿Para qué?

Probablemente para que renieguen las gentes de mi estampa, como ocurre con mi inseparable amigo y compañero Mariano de Cavia, quien cada vez que le sacan á relucir en los efímeros semanarios le pintan con una cara de ereje que asusta, siendo, como es, un muchacho de firmísimas creencias religiosas y de tendida piedad.

El que quiera conocer la *vera effigies* de *Sobaquillo*, que se atenga á la que anda por ahí ciertas cajas de fósforos, donde aparezco con una fisonomía que recuerda, según unos, de *Cara-ancha*, y según otros, la del difunto papa Pío IX.

¡Salud y bendición apostólica al retratista!

Por lo que hace á mis datos biográficos, me

resigno á usar el *yo* satánico—y no volveré á hacerlo más—para ahorrar molestias á las personas que me favorecen con dichas peticiones.

Si me preguntan las «generales de la ley», debo contestar, ante todo, que tengo siete años.

Nací el domingo de Pascua de Resurrección de 1882 (el mismo día en que vino *La Lidia* al mundo), en la redacción de *El Liberal*.—Hé ahí la fecha y el lugar de mi nacimiento y conste que desautorizo toda otra versión.

Mis siete años son como los veinte y pico que tendría ahora el general Izquierdo, que declaró haber nacido en Septiembre de 1868, y naturalmente, después no pasaba día sin que los periódicos le dedicasen algún sueltito por el estilo:

«*El capitán general de Madrid no podrá asistir mañana á la revista de las tropas, por hallarse con los primeros síntomas de la dentición.*»

Nada me importa que, dándome este mismo género de toreo, escriba alguno:

«El popular escritor *Sobaquillo* sigue siendo el orgullo de la escuela de párvulos de la calle de la Leche. Ahora está aprendiendo las cuatro reglas. Aún no se sabe si *multiplica*; pero se ha averiguado que *divide*.»

Mis pocos años me servirán para justificar muchas niñerías y puerilidades; y si alguien, rechazando la exactitud de la edad que declaro, se obstina en buscarme otra fé de bautismo, siempre me quedará el recurso de decir:

—Pues miren ustedes: ahí está Juan Molina, que me lleva una «racha» de años, y el otro día decía de él un revistero, al hacer el resumen de la quinta corrida de abono: «*De los niños, Juan.*»

En fin, que soy una criatura.

¿Cómo fué el venir yo al mundo tauromáquico?

Ocurrió en la redacción de *El Liberal* que su cronista *Don Exito* había sido nombrado en 1881 gobernador de Cádiz, y al llegar la temporada de 1882 se encontró el periódico sin revistero *en titre*.

—¿A quién buscaremos? dijeron allí una tarde.

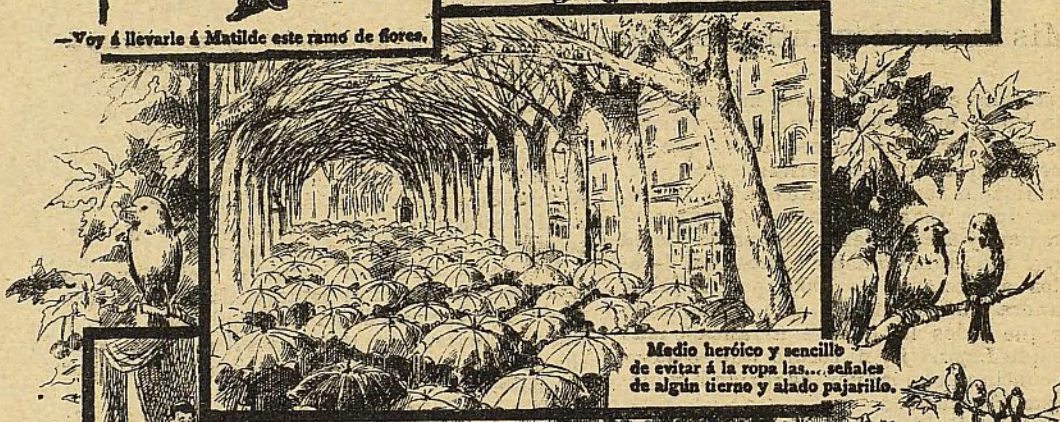
(1) Del libro *De pitón á pitón*, de cuya aparición dimos cuenta el número pasado.

LOS PÁJAROS DE LA RAMBLA, POR BLANCH

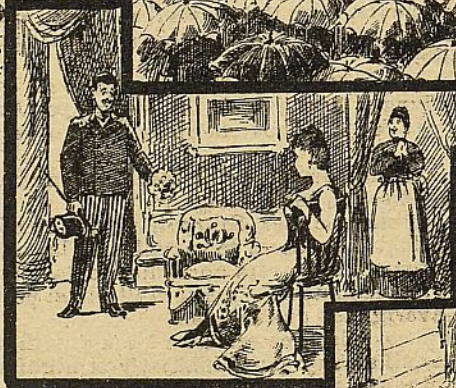


—Voy á llevarlo á Matilde este ramo de flores.

Industrias que prosperarán á la entrada
de la Rambla del Centro



Medio heroico y sencillo
de evitar á la ropa las... señales
de algún tierno y alado pajarillo.



—Pero, Arturo ¿cómo tan lleno de copos? ¿ha nevado?
—No, hija: es que para traerte este bouquet he pasado por la
Rambla del Centro... ¡y mira como le han puesto los pajaritos!

Industrias que prosperarán á la salida de la Rambla del Centro

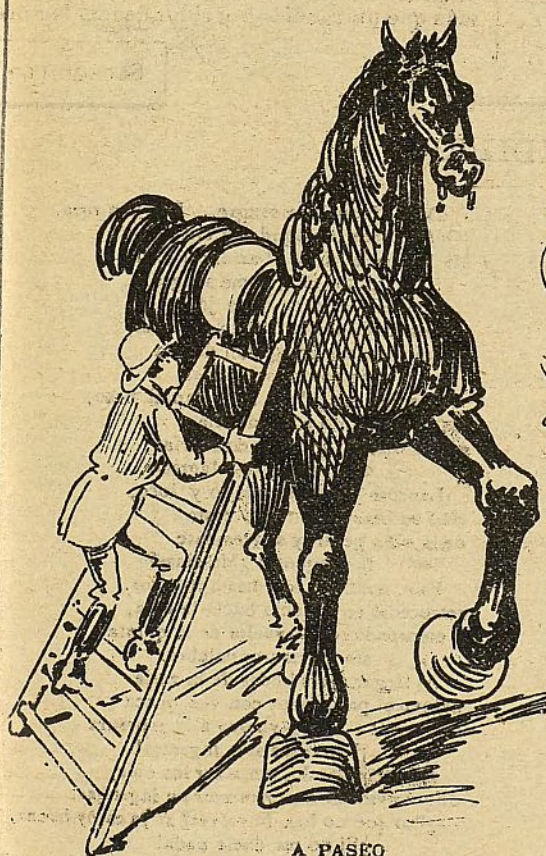




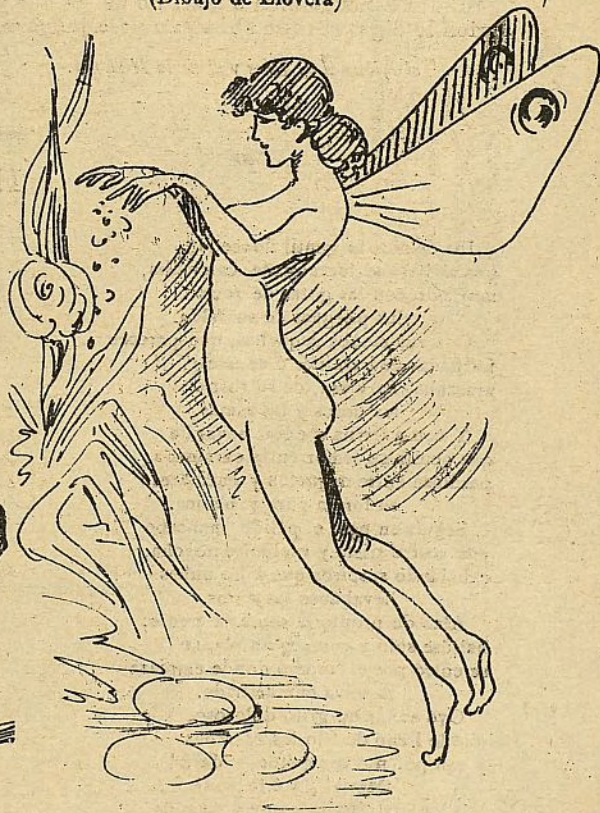
¡VIVA TU MARE!
(Dibujo de Perea)



LA RATA
(Dibujo de Llovera)



A PASEO
(Cuadro de Marcelino Unceta)



PSIQUIS
(Cuadro de muchos principiantes)

Y yo contesté:

—A nadie, estando yo aquí. ¡Venga esa alternativa!

Una carcajada digna de los héroes de Homero fué la respuesta que recibí de todos mis cofrades. ¡Ninguno creía en mi aptitud para el cargo de revistero de toros!

Tan incompatibles creían mis gustos literarios, mis trabajos en el periódico y mis costumbres defuera él; con aquel nuevo género de tareas, que fueron inútiles cuantos antecedentes y testimonios aduje en favor propio.

Por fin eché mano á unas tijeras y me corté los faldones de la levita; hice pedir una botella de aguardiente al café inmediato; cogí una capa y lanceé en toda regla á un señor eclesiástico que en aquel momento entraba en la redacción; armé «una bronca» espantosa á un seglar que venía con no sé qué pretensiones... y mis compañeros creyeron en mí.

Quedé armado de todas armas; y *Fernanflor*, que fué al principio de los que menos fé tuvieron en mi vocación taurómaca, me confirmó con el nombre de *Sobaquillo*, que algunos amigos, entre pachones y perdigueros, calificaron al principio de seudónimo mal oliente.

—¡Ya será mejor llamarse uno *Oppoponax* ó *Patchuli*! le respondía yo.

De entonces acá he escrito de estas cosas en puntas más que el *Torrao*, como llamaba al Tostado un teniente alcalde.

Si lo he hecho bien ó mal, no he de ser yo quien lo diga; porque ahí están para juzgarme

el tribunal de Dios y el de la Historia.

Lo único que me permitiré decir—para aclarar la vista á algunos—es que no soy escritor taurino propiamente dicho, sino un guisandero que da más importancia á la salsa que á los caracoles.

¿Están satisfechos los que me piden datos biográficos?

Sentiré que les parezcan pocos y sosos; pero no puedo dárselos más ni mejores.

Aprovéchenlos como se les antoje, teniendo en cuenta solamente—y en esto hago hincapié, como favor que pido—que soy de la escuela de Manuel Domínguez, el cual jamás autorizó el mote de *Desperdicios*.

Hay literato tan distinguido como el autor de *La Regenta*, que pone, ó deja poner, en las portadas de sus libros y folletos «Leopoldo Alas (*Clarín*)», ó bien «*Clarín* (Leopoldo Alas)».

Respeto, pero no admito, ese procedimiento. Si rejas ¿para qué votos? Si votos, ¿para qué rejas? Si nombre propio, ¿para qué seudónimo? Si seudónimo, ¿para qué nombre propio?

No autorizo, pues, que se mezcle mi nombre de *Sobaquillo* con el apellido de otro escritor alguno, por estrechos é innegables que sean los vínculos que me unan con él.

La teoría de las dos naturalezas que invocó don Fernando Calderón Collantes, bien puedo invocarla yo también; con tanta más razón cuanto que con ninguna de ellas cobro del Estado, ni de la provincia, ni del Municipio.

Antes bien con una y otra—y aun quisiera disponer de muchas más para este fin—no soy más que un rendido servidor de mis lectores.

SOBAQUILLO

IDILIO

Iba delante la gentil doncella,
que al bosque lentamente caminaba,
mojando con las gotas de rocío
los pliegues de su falda.

Con sus manos pequeñas, que parecen
formadas de jazmines ó de nácar,
apartaba, nerviosa, de su rostro
los tallos y las ramas.

Y como tierna y débil nevadilla
que oculta su temor en la enramada,
perdióse entre majuelos y encinares
su forma pura y blanca.

Seguía en pos, el pálido mancebo
con rostro triste y vacilante marcha,
exhalando suspiros que á las nubes
llevábanse las auras.

Alzó de pronto la sombría frente;
hallóse solo y con segura planta
se entró por el lindero donde empieza
la selva enmarañada.

Oyó sonar un grito doloroso,
que le llenó de frío las entrañas
y con potente voz gritó:—¡María!
¡María! ¿Qué te pasa?

Llegó la niña jadeante y trémula,
sueñas las trenzas, la megilla pálida,
llanto en los ojos y tendió al mancebo
su mano ensangrentada.

«Mira, Juan, esta sangre... Fué una rosa.
¡Qué espinas tan agudas y tan largas!
Me herí en el dedo al arrancar el tallo
¡Dios mío, como sangra!»

Arrebató la mano de la joven
el amante doncel ardiendo en ansia,
y aspiraron sus lábios con delicia
las gotas encarnadas.

Cuando, saciada el alma con el beso,
los ojos levantó para mirarla,
en las blancas mejillas de María
no quedaba una lágrima.

Lanzóse Juan enagenado y loco,
cifó su brazo la cintura casta
de la niña gentil y suavemente
la preguntó: ¿Me amas?

Ella, confusa, roja hasta los ojos,
retrocedió en silencio hacia la casa,
y emprendieron la vuelta de la quinta
sin murmurar palabra.

Al llegar á los lindes de la verja
detuvo el paso Juan; con voz opaca
murmuró:—Ya no vuelvo á la espesura
¡Las rosas son ingratas!

Ella temblando, sin alzar los ojos,
dijo volviendo á prorrumpir en lágrimas:
—¿Por qué no has de volver? si ya estoy buena.
¡Si no me duele nada!

José M.^a DE LA TORRE

CHIRICOTAS



Leamos.

Se trata del embarque de los reclutas del ejército, destinados á Ultramar:

«Ya en los lanchones, muchos gritaban; ¡viva España! hasta la vuelta, mientras otros entonaban aires

aprendidos en sus pueblos durante la infancia.»

Hombre... que entonarían aires... ¡bueno!

Pero ¡caramba! ¿quién le ha dicho á Vd. que los aprendieran precisamente *durante la infancia*?

«O es que pasaron los quintos por la redacción á decirselo á Vd. antes de embarcarse?»



Con motivo de la proximidad de las huelgas de Mayo, á las personas tímidas de cuyo se les empieza á poner la carne de gallina, y hay quien está preparando la maleta y disponiéndolo todo para tomar las de Villadiego (ó por lo menos, las de Vallvidrera) en cuanto oiga hablar del primer síntoma de desorden en la vía pública.

La verdad es que la cosa presenta mal cariz.

No precisamente por los huelguistas: el peligro está en otra parte.

Porque (como dice un conocido nuestro, que tiene todavía en el cuello el recuerdo de un sable municipal).

—¿Quién le dice á uno que al ir á comprar la carne para evitarle á su señora un susto, no se encuentra con el gobernador al frente de una patrulla, y le dan á uno otro golpe que lo baldan?

Y tiene razón.

Gracias á que, como en todo se adelanta tanto, yo espero que antes del 1.º de Mayo, ha de anunciarse

algún nuevo específico, en esta forma, poco más ó menos:

Si os pegueis, tomeis las pastillas de Engrudaina y.. Rascarsus!



Se están haciendo preparativos en París para un Congreso etnológico que se celebrará el año 1892, en el que por vez primera se reunirán representantes de todas las razas humanas, que hasta hoy no han podido verse juntos en un mismo punto de la tierra.

Ya sé yo lo que vá á parecer ese congreso, sucursal del arca de Noé por lo de los animales de cada especie.

Desde el blanco más blanco (una boquilla de espuma antes de fumarla) hasta el negro betún (la boquilla *culotada*)... ¡una colección de boquillas!



Pero ¡qué gangas quieren algunos!

Chocaron el otro día un coche de la Condal y un tranvía de Sans (cosa tan frecuente y tan natural... en Barcelona) y dice un periódico al dar la noticia que el choque ocasionó á los pasajeros el consiguiente susto (¡se conoce que era la primera vez que *viajaban*!) con la agravante de que el conductor se insolentó con ellos cuando se quejaron.

Pues muy bien hecho.

Si en lugar de quejarse, hubieran ido, sombrero en mano, á darle las gracias, que es lo que debían haber hecho, á buen seguro que el conductor no les habría contestado mal.

¡Les parece á Vdes. que es nada eso de meterse en un tranvía, y sin chocar más que una vez, llegar, sólo por diez céntimos, sanos y vivos al término del viaje?

Pues ya me lo dirán dentro de poco.

Que al paso que van las cosas, yo creo, que antes de un año habrá que forrar de paño la cabeza... ¡y las baldosas!

Imp. de Calzada é Hijo, Arco del Teatro, 9, pasaje.

EL DIA 24

número extraordinario de LA SEMANA CÓMICA

TEXTO DE

Almodobar, Bustillo, Campoamor, Catarineu, Codolosa, Delgado, Ducazcal, Estremera, Feliu y Codina, Fernandez Shaw, Guimerá, Ixart, Jackson Veyan, Llanas, Lopez Silva, Matosés, Motta, Oller, Manuel del Palacio, Perez Zúñiga, Picón, *Pitarra*, Sanchez Perez, Ríos, Segura, Sierra, Taboada, Urrecha, Zahonero y otros.

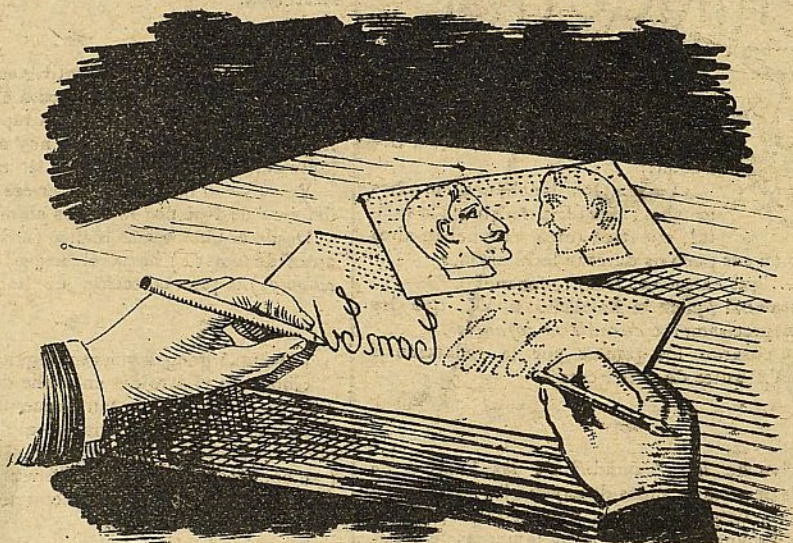
DIBUJOS DE

Cilla, Cuchy, Lago, Luque, *Mecarhis*, *Melitón Gonzalez*, Pahissa, Pons, Renau, Urrutia y otros

PRECIO: 35 CÉNTIMOS

FÍSICA RECREATIVA

MANERA DE ESCRIBIR Y DIBUJAR CON LA MANO IZQUIERDA.



Sabido es que la mano izquierda, puesta al lado de la derecha, tiende siempre á ejecutar los mismos movimientos que esta, pero en sentido contrario. Para escribir, pues, ó dibujar clara y distintamente con la mano izquierda, no tienen Vdes. más que cojer en ella un lápiz y en la derecha un pedazo de madera cualquiera. Mueven Vdes. este sobre el papel como si realmente trazasen la palabra que tratan de escribir. La izquierda, y por consiguiente, el lápiz que ella sostiene, seguirá exactamente los movimientos de la derecha, pero en sentido inverso. Así se llega pronto á dibujar ó á escribir con la mano zurda.

Es de advertir que el trazado hecho por esta mano, es siempre algo mayor que el simulado por la derecha.

(De L' Illustration.)



ANUNCIOS



AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN BARCELONA

— D. JUAN TASSO —
Kiosco de la Rambla, frente á la calle Hospita

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN MADRID

D. JULIAN RODRIGUEZ
Tesoro, 5, bajo.

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN VALENCIA

D. Julián Peris M-ncheta
Calle de Entenza, núm. 40

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
en la República Mexicana
D. RAFAEL B. ORTEGA
Primera de Sto. Domingo, 12
MÉXICO

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
en la Isla de Cuba
Sra. Vda. de Pozo é Hijo
Obispo. 55 — HABANA

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN GUATEMALA
D. ANTONIO PARTEGÁS
Octava Avenida Sur. Almacén

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN PARIS

Madame Lemaitre
Kiosque 34. — Boulevard des Italiens

AGENTE DE
LA SEMANA COMICA
EN BURDEOS
Mr. Marcelin Lacoste
Place de la Comédie, 3

LA SEMANA COMICA
Periodico literario, festivo, ilustrado
Colabora en él los mejores literatos y los más
celebrados dibujantes
PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Barcelona. . . . Trimestre. 1'50 ptas
Fuera. Semestre. 5 °
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza de la Universidad, 5, 4.º 2.º
BARCELONA.
Despacho todos los dias laborables de 2 á 4 tarde.